

El madrileño día de San Antón

17 de Enero

San Antón es un santo castizo y aldeano que, —como San Isidro— recuerda la niñez de Madrid, cuando la capital de España era aún un pueblecito dorado por el sol de Castilla donde

jes», anterior al canal del Lozoya y a la presa de Santillana, que son ya aguas del gran urbe, aguas que no cantan. El agua de la fuente de los Galápagos es cantarina como las tonadas populares y sabe de las jarras, cubos y botijos de las vecinas, y ampara en los anocheceres los chicoleos de los galanes del barrio. Por allí pasa el tranvía de Cuatro Caminos-Puente de Vallecas, el más viejo y auténtico tranvía de Madrid, con la plataforma llena de pisotones, de «amos anda» y de tenorios de la estrechez. Rueda por la escarcha de los tejados de las viejas casas, la luna fría de Enero, que enamora a los gatos de los sotabancos y de las porterías. Al filo de la media noche la luna se asoma al filo de los aleros a mirar el ojo encendido en la cintura de Pepe, el sereno. El noctámbulo siente la impresión de que la luna—blanco albañil de la noche—va a caer en la calle, estrellando su gran blancura sobre el pavimento, y el poeta o el pintor que vuelve a su buhardilla, siente que la luz de la luna le premia sus desvelos llenos de humo de tabaco barato y del amargo gusto del recuelo.

Este trozo de la calle de Hortaleza adquiría su máximo acento el día de San Antón. Los que no somos ya lo bastante jóvenes para no recordar el Madrid auténtico, hemos presenciado en todo su auge y solemnidad la bendición del Santo. Había entonces en Madrid muchos caballos. La gente pudiente tenía un gran «landeau» familiar que iba las tardes de sol al Retiro o a la Moncloa, y, los días que era bueno, se permitía al niño de la casa subirse al pescante a la vuelta del paseo, con el aro, entre el lacayo y el cochero. Enganchaban aún las grandes casas, y se veían los hermosos troncos de «Hockney» levantando con gran aire sus rodillas, con sus arneses brillantes de charol y plata y guiados por un cochero de rostro ancho y encendido, pantalón blanco y «ocho reflejos» esperando la bendición del Santo junto al burro sarnoso del gitano del Pacífico o del Paseo de las Acacias. Veíanse allí las recias mulas de las yuntas labradoras, caminantes del surco, que llevaban en su paso despacioso el esfuerzo de la siembra y metían en la calle ciudadana el oro del trigo de Castilla, y las mulillas finas que traían en su trote una alegría de cascabeles desde las dehesas de los Grandes de España. Su sangre híbrida estaba ennoblecida porque sobre sus grupas lustrosas, de movimiento más suave que las de los caballos, había cabalgado la Rei-



el viento metía las pajas del trigo, cuando la ciudad era aún patio de trajineros. Por eso San Antón ha bendecido las caballerías madrileñas desde el atrio de su Parroquia de la calle de Hortaleza hasta los mismos dinteles de la revolución y a través de la república laica, con una bendición que viene del más remoto pasado de Madrid.

Pocas cosas quedan en Madrid tan madrileñas como ese trozo de la calle de Hortaleza donde se alza la vieja mole del convento de San Antón. Allí está la fuente llamada de los Galápagos—aunque no tenga galápagos sino delfines de piedra—cantando esa canción vieja y monótona de las fuentes aldeanas. Agua la más remota de Madrid, agua «gorda» de los antiguos «via-

